

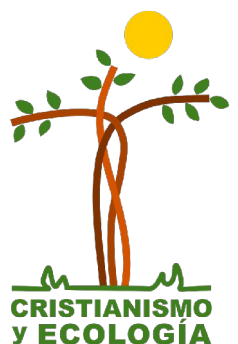
**Siguiendo la pista a... un bote de champú
Sobre nº 4**

Say No to palm oil (www.saynotopalmoil.com) es -en inglés- una de las páginas web más completas respecto al problema de la producción de aceite de palma en Asia.

En el papel adjunto hay un artículo publicado en la web vivalebio.com, con información tomada de esta página.

Por favor, leed el artículo con espíritu crítico, en todos los sentidos.
¿Alguna reacción?

Cuando terminéis, hemos terminado.



Di NO al aceite de palma

Cristina Hernáiz.- vivalebio.com



Por una vez, ecologistas y activistas proderechos humanos están de acuerdo en algo: el producto que más daños está provocando hoy en ciertos países del Sur es el denominado "ACEITE DE PALMA", obtenido de la palmera aceitera (más pequeña que la tradicional) y omnipresente en nuestra vida cotidiana en forma de aceites para fritos, comidas congeladas, margarinas, bollería industrial, helados, biocombustibles, artículos de limpieza del hogar y de higiene personal, cosméticos, velas, etc,

La expansión de las monoplantaciones de aceite de palma por América del Sur, Africa y algunos países asiáticos como Indonesia, Malasia o Papúa Nueva Guinea se está llevando por delante los bosques y las selvas tropicales a marchas forzadas. Y con ellos, a sus legítimos habitantes: las poblaciones indígenas, desplazadas o explotadas para su cultivo, los orangutanes y otros tantos cientos de miles de especies animales y vegetales quemadas en los incendios de las selvas para convertirlas en plantaciones aceiteras, así como a muchos líderes campesinos, "desaparecidos del mapa" por protestar contra estos destructivos monocultivos.

En su completísima web "Say No to palm oil" (Di No al Aceite de Palma), fruto del trabajo de investigación y recolección de información de varios años, el joven australiano Thomas King ha recabado todos los argumentos de las asociaciones ecologistas para rechazarlo, así como una completa lista de las empresas que lo comercializan y de organizaciones que tratan de impedir este desastre.

Entre sus mayores víctimas, encontramos a los orangutanes de Borneo y Sumatra, que se acercan peligrosamente a la extinción, al ser arborícolas y depender por entero de los bosques tropicales para subsistir. Según datos oficiales, más de 50.000 orangutanes han muerto ya como consecuencia de la deforestación para la plantación de palmeras de aceite. En los últimos 20 años, este hermano evolutivo nuestro ha visto destruido más del 90% de su hábitat. Y lo más grave es que en el proceso de deforestación los orangutanes son maltratados, asesinados, quemados vivos, explotados o vendidos en el mercado negro para terminar en zoos, parques turísticos, colecciones privadas, carnicerías, peleterías, o sencillamente como animales de compañía.



Medioambientalmente, el impacto de la deforestación en los ecosistemas es dramático. Además de la enorme pérdida de biodiversidad y de privarnos de nuestro pulmón planetario, la quema de árboles y arbustos para las plantaciones de palmeras provoca cantidades de humo tóxico alarmantes, acelerando el calentamiento global, que conduce a niveles crecientes del mar, cambios climáticos, frecuentes desastres naturales, derretimiento del hielo, y más extinción de especies...

Por si ello fuera poco, según añade Ecologistas en Acción, el aceite de palma provoca una gran contaminación debido al uso masivo de pesticidas y fertilizantes que implica, y, pese a ser muy interesante para las empresas que lo comercializan por su bajo coste, tiene efectos devastadores en la salud humana ya que, al añadir grasa de palma a una alimentación ya de por sí rica en grasas saturadas, aporta un elevado nivel de colesterol.

Siguiendo la pista a... un bote de champú

La tristeza del orangután

En su paseo por el zoológico, la familia se paró delante de la jaula de los orangutanes, donde un ejemplar adulto descansaba, con la mirada perdida, apartado del resto.

–Papá, ¿por qué está triste el orangután? –preguntó la niña pequeña. Efectivamente, todo en el animal transmitía una nostalgia indescriptible.

–Habéis de saber que los orangutanes, junto con los chimpancés y los gorilas, son simios genéticamente muy parecidos a los humanos –respondió el padre en tono didáctico–. Son nuestros primos más cercanos y no es raro que tengan sentimientos como nosotros.

–Ya, pero ¿por qué está triste? –insistió la pequeña mientras desviaba su atención al helado que tenía entre manos. ¿Es porque se quiere ir con su mamá?



–Yo creo que está soltero y que lo que busca es una compañera que aquí no tiene –intervino con cierta malicia el hermano mayor, ya adolescente, mientras terminaba de zamparse una chokolatina.

–Seguramente lo que echa de menos es su hábitat natural, al que ya no puede volver –concluyó la madre hurgando en su bolso–. ¿Dónde habré metido la crema hidratante? Por cierto, cariño, recuérdame que te compre gel de afeitar, de ése que te gusta... ¡Ah, aquí está la crema! Venga, que aún nos queda mucho por ver...

No se dieron cuenta de que el orangután les seguía con la mirada mientras se alejaban. La madre, de alguna manera, había acertado: ya no podía volver a su hábitat natural... porque hacía tiempo que había dejado de existir. Ni sus hermanos orangutanes ni sus primos humanos que llevaban miles de años habitando esas junglas podían ya volver. Ni tampoco las miles de especies animales y vegetales que enriquecían la biodiversidad de la isla de Borneo. Lo que hasta hacía unos pocos años era una selva tropical se había convertido en miles de hectáreas de palma aceitera, un gigantesco agronegocio que cada año exporta a los países del Norte millones de toneladas de aceite de palma, el aceite con el que las industrias de alimentación y cosmética fabrican helados, chokolatinas, cremas y geles.